

## La vida emocional de los animales en historias pequeñas

Aguirre, María Elena  
Facultad de Lenguas (Univ.Nac.Córdoba)

### RESUMEN

En la actualidad se está dando un creciente interés por la preservación del medioambiente y de las diferentes especies. El estudio de la temática animalística se ha fortalecido desde la segunda mitad del siglo XX y parece existir un consenso en mirar al animal no como un objeto a disposición del hombre sino como un sujeto, un ser en sí mismo con derecho a existir y prevalecer. Especial atención merecen sus cualidades afectivas y emocionales. En este trabajo me ocupé de las opiniones vertidas por el mundialmente famoso etólogo norteamericano Marc Bekoff en su libro *The Emotional Lives of Animals* (2007), La Vida Emocional de los Animales. Allí él argumenta que los animales experimentan gozo, empatía, pena, dolor, sufrimiento, temor, enojo, y amor; y que poseen una capacidad para organizarse socialmente, comunicarse, e incluso manifiestan rasgos de moralidad. Sus conclusiones acerca de la vida emocional de los animales quedan demostradas en pequeñas historias o anécdotas relacionadas a los mismos.

### ABSTRACT

A growing interest in the preservation of the environment and the different species is taking place in the present time. Since the 1950s animal studies have become prominent and scholars seem to agree that animals are not mere objects at man's disposal but subjects, an individual self with his own right to exist and prevail. Their emotional and affective qualities deserve special attention. In this study I present the conclusions put forward by the world renowned American ethologist Marc Bekoff in his book *The Emotional Lives of Animals* (2007). There he argues that animals experience joy, empathy, grief, sorrow, suffering, fear, anger, and love; they possess a great capacity to organize themselves, communicate with each others, and they can even show traces of morality. The author illustrates and supports his theory with little stories about animals.

temática animalística - etología - Marc Bekoff

Hoy el medioambiente es una de las problemáticas más acuciantes de la humanidad. Obviamente, esta preocupación incluye al animal no humano y la interacción del hombre con el mismo. De acuerdo a una larga tradición que se remonta a Aristóteles y a la cultura judeocristiana el hombre se ha considerado a sí mismo el centro, un ser superior al animal, diferente al mismo, y esto ha justificado su proceder utilitarista con respecto al animal, un comportamiento que va desde tener una mascota suave, peluda, y tibia para acariciar a la crueldad de la caza como deporte o forma de entretenimiento. Pero felizmente el paradigma está cambiando, aunque tan sólo sea por la necesidad de la preservación de las especies. El estudio de la temática animalística se ha fortalecido desde la segunda mitad del siglo XX, y se la aborda desde enfoques tan diversos como la ciencia, la política, la jurisprudencia, la ética, y la psicología. Parece existir un consenso en mirar al animal no como un objeto a la disposición del hombre sino como un sujeto, un ser en sí mismo, una individualidad con derecho a existir y prevalecer.

Marc Bekoff (n.1945) profesor emérito de ecología y biología evolutiva de la Universidad de Colorado, Boulder, es uno de los más destacados expertos en el funcionamiento de la mente, las emociones, y el comportamiento de los animales. Más que un científico se considera un etólogo, ya

que la investigación del primero se lleva a cabo principalmente en un laboratorio, mientras que el etólogo estudia al animal en interacción con su contexto natural. En su obra *The Emotional Lives of Animals*<sup>1</sup>(2007) Bekoff argumenta que “los animales sienten, y sus emociones son tan importantes para ellos como las nuestras para nosotros”(p.1). Él está convencido de que los animales experimentan gozo, empatía, pena, dolor, sufrimiento, temor, enojo, y amor; y que poseen una capacidad para organizarse socialmente, comunicarse, comportarse como padres, e incluso demuestran tener rasgos de moralidad. Afirma Bekoff: “Para mi, es imposible negar la evidencia de las emociones del animal, y la misma está ampliamente fundamentada en los actuales conocimientos del comportamiento animal, la neurobiología, y la biología evolutiva”(p.4). Al hablar de sus animales dice que ellos han sido sus amigos y sus maestros, y que el saber que los animales sienten nos permite una mejor comunicación con ellos”(p.2). Sobre todo él cree que las emociones de los animales “importan,” y que debemos tenerlas en cuenta en nuestro diario comportamiento con los mismos.

En su libro nos explica por qué ha ilustrado y defendido sus argumentos con pequeñas historias de los animales y sus acciones. Dice que a menudo los científicos descreen de las historias porque son “merely stories,” y no “hard data,” y no son reproducibles una y otra vez, y pueden estar teñidas de subjetividad. Sin embargo, para él, lo que configura los “data,” los casos, son las historias. “Las emociones,” nos dice, “no ocurren en un vacío. Ocurren en un contexto.” Hace referencia, por ejemplo, a un zorro colorado que extraña a su mamá. ¿Cómo sabemos lo que le ocurre? se pregunta. Y responde, “Da unos gritos agudos, la busca, y cuando los dos se reúnen, se aprieta contra ella, cierra los ojos, y despacito se queda dormido”(p.121). Al acumular historias el etólogo forma una sólida base de datos que luego pueden ser usadas en otras investigaciones empíricas. Las anécdotas son datos que se obtienen más lentamente, pero esto no los hace menos útiles o confiables(p.122).

De esta manera, Bekoff nos habla, por ejemplo, de cómo un grupo de elefantes salvajes en Kenya caminaba más despacio para no dejar atrás a otro elefante que cojeaba. Lo esperaban, y adaptaban el paso para que el elefante renco pudiera permanecer en el grupo. También refiere que en una aldea en la India de pronto aparecieron catorce elefantes buscando a una elefantita perteneciente al grupo que se había caído en un pozo y se había ahogado. La gente ya la había enterrado, pero los elefantes se quedaron allí buscándola durante tres días (p.3).

Como otro ejemplo de empatía y compasión Bekoff nos relata que en Tezpur, India, una tropilla de alrededor de cien monos detuvo el tráfico cuando un mono bebé fue atropellado por un auto. Los monos se colocaron alrededor del monito herido que yacía sobre la ruta sin poder moverse y no dejaban pasar los autos. Un empleado de comercio que estaba allí exclamó: “Fue muy emocionante...Algunos de ellos le masajearon las piernas. Finalmente, se marcharon cargando al monito herido”(p.11).

Y en Nueva Zelanda unos delfines formaron un círculo para proteger a unos bañistas del ataque de una ballena, “Nos empujaron, juntándonos a los cuatro, haciendo apretados círculos en torno a nosotros”(p.17).

Al hablar del dolor que es capaz de experimentar un animal Bekoff nos cuenta una historia que escuchó de boca de una amiga en Alaska. Al mudarse de Colorado a Alaska llevaron consigo unas llamas. Repentinamente allí una murió, y al día siguiente otra. Las dos llamas que quedaban vivas

---

<sup>1</sup> Las traducciones de las citas de este texto son de mi autoría

permanecieron en el lugar donde las habían enterrado a las muertas y durante dos días no se movieron de ahí. Al tercer día salieron de su dolor y retomaron sus actividades(p.69).

También refiere Bekoff que los animales experimentan alteraciones neurobiológicas como las de los humanos; incluso hace mención a un experimento llevado a cabo con ratones depresivos, los cuales respondieron eficazmente al antidepresivo Prozac(p.10). Nos habla, asimismo, de un coyote que podría considerarse autista porque no respondía a las señales de juego como lo hacían sus compañeros, y de una loba con síntomas de bipolaridad, “Algunos días Lucy se comportaba normalmente, como un lobo típico, mientras que otros días ella estaba o realmente excitada o muy bajoneada”(p.p.82-83).

No faltan entre los animales ejemplos de moralidad y juego limpio. Relata Bekoff una pequeña historia de dos perros que le reportara uno de sus estudiantes. Uno de ellos era muy grande y el otro ni la cuarta parte de su tamaño. El más grande quería jugar con el más chiquito. Ladraba, movía la cola, rodaba sobre su lomo, saltaba, pero el perrito no se inmutaba. De golpe, sin embargo, el perrito lo atacó y le mordió gravemente el cuello. Para gran sorpresa del muchacho, sin embargo, el perro grande no lastimó al chico y jugaron amigablemente durante media hora más(p.p.92-93).

Al hablar de las emociones de los animales surge la duda de si las mismas no son tan solo proyecciones de los humanos y una instancia de antropomorfismo, es decir, atribuirles características humanas a los animales no humanos. Al respecto Bekoff afirma que el antropomorfismo es un “pecado inevitable,” porque sólo podemos describir y explicar el comportamiento de los animales con palabras que nos son familiares, pero no se trata de proyectar valores humanos sino de reconocer que los animales y los humanos comparten muchas características, incluso las emociones. Concluye que la única forma de precaverse de un inapropiado uso del antropomorfismo es el conocimiento, el estudio detallado de las mentes y las emociones de los animales (p.p.127-128).

Marc Bekoff nos hace reflexionar sobre el modo como tratamos a los animales, en realidad sobre cómo los maltratamos. Primero habla de los laboratorios y dice que “la gran cantidad de estos animales pasan la mayor parte de su vida en jaulas extremadamente pequeñas, aburridos y solitarios,” y cuando los investigadores ya no los necesitan los matan(p.139). Si bien los científicos dicen cumplir con la guía llamada “las Tres Rs”: *refinar* los procedimientos que hacen daño a los animales, *reducir* el número de los animales usados, y *reemplazar* a los animales por otros métodos siempre que sea posible, no la siguen religiosamente. Además, se trata de tan solo una guía y no de una disposición legal. Si la cumplieran en todo momento, esto redundaría en una mejor ciencia, mejores hechos o datos, y un mundo más compasivo(p.143). Con respecto a cómo contrarrestar los efectos del aburrimiento y el aislamiento en las jaulas, Bekoff hace alusión a la científica Françoise Wemelsfelder quien propone darle a los animales juguetes, bagatelas, y compañía social(p.145). Demás está decir que los experimentos con animales son necesarios para el desarrollo de la medicina y para la comprensión de los procesos biológicos y cognitivos, sin embargo, como lo expresa Bekoff esas “necesidades” a veces sólo demuestran una total falta de creatividad ya que no se buscan medios menos invasivos de obtener la información.

Luego Bekoff habla de los animales de granja y de la industria de la carne, y se refiere a los terribles modos en que se los trata. Se los coloca en jaulas minúsculas, corrales, y los animales viven, comen, y duermen en el barro. El autor confiesa haberse convertido en vegetariano por razones éticas; él no desea participar en la matanza de animales para obtener alimentos. Además expresa que los frigoríficos contaminan el medioambiente(p.p.150-151).

Posteriormente se refiere a los zoológicos. Dice que el que la gente pueda entretenerse contemplando animales exóticos y aprendiendo sobre ellos no justifica el tener a esos animales encerrados, muchas veces mal alimentados, sacados de su ambiente natural, separados de sus familias, y puestos en exhibición al público durante siete días a la semana incluyendo los feriados. Explica que si bien hay sociedades e instituciones que establecen regulaciones para la operatividad de los zoológicos, las mismas no siempre se aplican con rigor y seriedad.

Menciona Bekoff que particularmente los elefantes sufren terriblemente en el zoológico, “Son muy emotivos, muy sociables, les gusta vagabundear, y los zoológicos son la antítesis de sus necesidades”(p.155). Además poseen muchísima memoria y cuando se los separa de su grupo y se le cortan los vínculos se produce una severa ruptura en su orden social y pueden llegar a morir de tristeza(p.156).

La vida emocional de los animales es importante; el contacto con sus pares, aunque se trate de algo puramente gestual o facial sin ningún contacto físico, es importante. Menciona Bekoff que en un zoológico de Holanda y en un cautiverio de Indonesia se pusieron cámaras web y monitores para que los orangutanes de Indonesia pudieran encontrarse con los de Holanda, y a juzgar por las expresiones faciales de los orangutanes en las pantallas el experimento arrojó buenos resultados. En un zoológico de Croacia una elefanta cuyo compañero había muerto de cáncer parecía consolarse al escuchar la música de Mozart, entonces, cuando el cuidador se dio cuenta de que la música le servía de terapia le compraron un estéreo para que escuchara música (p.159).

Marc Bekoff hace un llamado a la compasión por los animales. “Yo trato de incrementar la compasión y reducir la crueldad,” nos dice (p.164). Y agrega luego: “No importa cuán pequeño sea el gesto, siempre que actuamos con compasión y hacemos lo correcto, establecemos una diferencia, y esa diferencia importa”(p.165). Nos exhorta a que nos preguntemos “¿Cómo afectan mis acciones cotidianas a los otros animales, y qué puedo hacer yo de diferente para cuidar mejor a los animales?”(p.166). Y concluye diciendo: “Los animales nos responden porque somos seres sensitivos, y nosotros los abrazamos por la misma razón”(p.166).

Pero sentir compasión por los animales no es suficiente. Mary Midgley (n.1919), una reconocida filósofa, etóloga, y moralista inglesa, argumenta en su ensayo “Duties Concerning Islands”<sup>2</sup>(1983) que los variados “contratos sociales” de la humanidad son restrictivos ya que pasan por alto muchos de los deberes y obligaciones que los seres humanos tenemos para con los animales, la biosfera, el ecosistema, y el medioambiente, o apenas los tocan tangencialmente. Cita, por ejemplo, a David Hume (1711-1776) quien en su obra *Enquiry Concerning the Principles of Morals*(1751) expresa lo siguiente en relación al trato del hombre con el animal:

Creo que deberíamos sentirnos obligados por las leyes de humanidad a tener un trato benigno con estas criaturas, pero, hablando con propiedad, no deberíamos sentirnos limitados por la justicia...No conformamos una sociedad, la cual presupone un grado de igualdad, sino que nuestra relación con ellos es de absoluto mando por un lado y servil obediencia por el otro. Esta es simplemente la situación del hombre con respecto a los animales(Ctdo en Midgley p.40)

Mary Midgley no acepta esta postura; por el contrario ella argumenta que “En general, todos los casos de crueldad, bajeza, inhumanidad, y rasgos así, son también casos de injusticia”(p.39). Con respecto a la relativamente nueva postura ecológica expresa lo siguiente:

---

<sup>2</sup> Las traducciones de las citas de este texto son de mi autoría

Los deberes no necesitan ser relaciones cuasi-contractuales entre pares simétricos formados por agentes humanos racionales. Hay toda clase de obligaciones entre pares asimétricos...Es notable que en estos días tengamos que formular esta verdad tan obvia como si fuera algo nuevo, e inventar palabras como “ecológicos” para describir una amplia clase de deberes. (p.p.42-43)

Rory Ewins, un especialista en ciencias políticas, argumenta en su ensayo “Beyond the Social Contract: On Mary Midgley’s ‘Duties Concerning Islands’”<sup>3</sup>(1989) que, contrariamente a lo que Midgley piensa, el hecho de que intentemos preservar el medioambiente y los animales responde a que el no hacerlo puede redundar en nuestro propio perjuicio, pero no porque tengamos deberes u obligaciones hacia ellos. Ellos, sugiere Ewins, no las tienen para con nosotros:

Un terremoto no destruye una ciudad porque tiene el derecho a hacerlo; simplemente, lo hace. Si una plaga de langosta devora nuestros cultivos, no le preguntamos qué derecho tiene a hacerlo...Un bosque puede ser devorado por un incendio, o aplastado por los elefantes, y un hombre puede ser golpeado por un rayo y aniquilado, y nada de esto puede ser considerado la contravención de una obligación.(p.2)

Ewins concluye que “cuando consideramos los derechos de y nuestras obligaciones para con los animales y el medioambiente primero nos fijamos en nosotros mismos,” y agrega luego que “un modelo de contrato social, puede hablarnos de nuestros derechos y obligaciones para con los otros seres humanos, pero un mundo más vasto requiere un enfoque más vasto”(p.4).

A modo de conclusión personal me permito disentir con la postura antropocéntrica de Ewins ya que si bien es cierto que los terremotos ocurren o no sin obedecer a principios éticos, a nosotros, los animales humanos, en las opciones de nuestra vida diaria, y aún más a quienes manejan las redes del gobierno, las finanzas, o el mundo empresarial, nos cabe hacer uso de nuestra racionalidad y conciencia moral y pensar en los animales como sujetos y no como objetos, y valernos de ellos únicamente para satisfacer nuestras necesidades más básicas y vitales y de la manera más económica posible. Desde esta perspectiva no se justifican las corridas de toros, las riñas de gallos, la caza de palomas, los festivales de doma, y otras formas de entretenimiento, la mayoría de veces lucrativo para quienes los organizan pero crueles para con los animales. Marc Bekoff, nos recuerda que, “Muchos animales sufren en silencio, y no nos percatamos de ello hasta que los miramos a los ojos”(p.163).

## Bibliografía

Bekoff, Marc. (2007). *The Emotional Lives of Animals*. Novato,CA; New World Library.

Ewins, Rory. “Beyond the Social Contract: On Mary Midgley’s ‘Duties Concerning Islands’” Disponible en [www.speedynail.com/theory/social\\_contract.html](http://www.speedynail.com/theory/social_contract.html) el 29/01/2013

Midgley, Mary. “Duties Concerning Islands: Of Rights & Obligations.” *Encounter* 60,nº 2(February 1983):36-43.

---

<sup>3</sup> Las traducciones de las citas de este texto son de mi autoría

